

SANSÓN CARRASCO, ENEMIGO DE DON QUIJOTE

Jerónimo Anaya Flores

Se preguntaba Américo Castro si Cervantes sabía latín, y concluía diciendo que lo leía, «lo cual no quiere decir que lo supiera como Vives o Quevedo, y que no equivocara una cita al reproducirla de memoria» (pág. 106). Ángel Rosenblat ha subrayado la burla que hizo Cervantes «de la falsa erudición latinizante» (pág. 15), defendiendo, en cambio, el castellano frente al latín, en la misma tradición de Nebrija, Valdés y Fray Luis de León (pág. 19). El elogio de la lengua castellana aparece ya en el prólogo de *La Galatea*, titulado «Curiosos lectores», donde nuestro autor se declara «testigo» de «los ingenios españoles» (pág. 156), tal como expondrá en el «Canto de Caliope» que incluye en el libro IV de esta obra. Américo Castro (págs. 185-186) también expuso el asunto de la lengua vulgar frente al latín, y recuerda un episodio del *Coloquio de los perros* (pág. 670) en el que Cipión y Berganza hablan así:

BERGANZA.— [...] Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso, dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.

CIPIÓN.— Por menor daño tengo ése que el que hacen los que verdaderamente saben latín, de los cuales hay algunos tan imprudentes que, hablando con un zapatero o con un sastre, arrojan latines como agua.

BERGANZA.— Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

CIPIÓN.— Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les escusa el ser latinos de ser asnos.

BERGANZA.— Pues ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latín, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos, a quien no escusaría el hablar latín dejar de ser necio.

CIPIÓN.— Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza.

BERGANZA.— Así es, porque también se puede decir una necedad en latín como en romance, y yo he visto letrados tontos, y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latín, que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo, no una sino muchas veces.

Pero según don Américo (pág. 186) es en el *Quijote* donde Cervantes expone el asunto «con serena claridad»:

Y a lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, doime a entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es ésta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego, ni Virgilio no escribió en griego, porque era latino; en resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron a buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos; y siendo esto así, razón sería se estendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaíno que escribe en la suya (II, 16).

De forma parecida se expresa Lope de Vega en *La Dorotea* (pág. 267). Cuando Julio se lamenta de que los poetas escriben en castellano y no en latín, «que es harta lástima», Ludovico le responde:

No es, por cierto; porque el poeta, a mi juicio, ha de escribir en su lengua natural; que Homero no escribió en latín, ni Virgilio en griego, y cada uno está obligado a honrar su lengua, y así lo hicieron Camoes en Portugal y en Italia el Tasso.

No obstante, Lope por boca de don Fernando dice que a la edad de diez años «escribía en versos latinos o castellanos» (*Dorotea*, 319), lo que recuerda su biógrafo Montalbán, cuando afirma que a los cinco años «leía en romance y en latín».

En el *Persiles* Cervantes también elogia el español, cuando escribe que «en Francia, ni varón ni mujer deja de aprender la lengua castellana» (pág. 368), y en este otro fragmento (Rosenblat, 19-20):

Entonces, viendo el bárbaro Antonio, o oyendo, por mejor decir, hablar su lengua, dijo:

—Pues el cielo nos ha traído a parte que suene en mis oídos la dulce lengua de mi nación, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias. Vamos, señores, al hospedaje, y, en reposando algún tanto, daremos orden en volver a nuestro camino con más seguridad que la que hasta aquí hemos traído (*Persiles*, 107).

Cuando Cervantes en el *Quijote* recurre al latín, sobre todo al eclesiástico, lo hace, «con intención cómica o burlesca», según Rosenblat (pág. 16), quien cita ejemplos de frases latinas en el *Quijote* (págs. 14-20). Pero nuestro autor no solo se limita a usar frases en latín; a veces también traduce, o emplea traducciones de la época. Cervantes pone en boca de don Quijote las dificultades de todo traductor en el siguiente texto:

Pero, con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se veen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel. Y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre y que menos provecho le trujesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores: el uno el doctor Cristóbal de Figueroa, en su *Pastor Fido*, y el otro don Juan de Jáurigui, en su *Aminta*, donde felizmente ponen en duda cuál es la traducción o cuál el original (II, 62)

Hallamos un caso de traducción en la descripción del bachiller Sansón Carrasco, «el verdadero antiquijote» (Basave, 71). Don Quijote pinta así al bachiller:

—¿No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece a serlo, sino el inaudito bachiller Sansón Carrasco, perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante (II, 7).

El texto nos recuerda la descripción de Anibal que hizo Tito Livio (pág. 18):

Caloris ac frigoris patientia par; cibi potionisque desiderio naturali, non voluptate modus finitus.

De modo parecido presenta Salustio (pág. 18) a Catilina:

Corpus patiens inediae, algoris, vigilae supra quam cuiquam credibile est.

Sansón Carrasco era «sufridor así del calor como del frío, así de la hambre como de la sed». Los historiadores romanos nos dicen algo parecido de Aníbal y de Catilina. Tito Livio, después de estas alabanzas, nos dirá los ingentes vicios del general cartaginés. Uno de esos vicios es «nullum ius iurandum», es decir, «ningún respeto al juramento» (Livio, 18), lo que también acerca el personaje a Sansón, pues, cuando don Quijote planea su tercera salida, le encarga al bachiller «que la tuviese secreta», y Cervantes escribe: «Todo lo prometió Carrasco» (II, 4), que es una «cabal mentira», pues este «eclesiástico de órdenes menores» quebrantó su promesa, como vemos en el capítulo quince (Avalle-Arce, 5). Salustio (pág. 18), después de comentar que Catilina era de familia noble y de «gran vigor espiritual y corporal», también pinta sus vicios. Como Aníbal, Sansón Carrasco, el «perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmanticenses», se convertirá en el vengativo enemigo de don Quijote, hasta hacerlo volver, derrotado, al pueblo (Anaya, 2001, 42).

Sansón Carrasco no aparece hasta el *Quijote* de 1615. Su presencia en esta segunda parte es intermitente, pero importante para el desarrollo y el desenlace de la novela. En síntesis, sus apariciones son tres: al comienzo, como una persona un tanto cómica y como *el portavoz* de los lectores de la primera parte. Después nos lo encontramos, sorprendentemente, disfrazado del Caballero de los Espejos, al que venció don Quijote; Sansón Carrasco se ha convertido en un actor con una buena intención: devolver al Caballero de la Triste Figura a su aldea. Pero aquí comienza este personaje burlón a ser enemigo de verdad de don Quijote, pues ya no buscará sanar al pobre loco, sino la venganza: disfrazado del Caballero de la Blanca Luna, vencerá al hidalgo manchego en la playa de Barcelona, precipitando el final de la novela.

La primera noticia del bachiller se la da Sancho a su señor. Acude el escudero a ver a don Quijote, y, tras discutir con el ama y la sobrina, al fin se quedan solos y le dice:

—Aún la cola falta por desollar —dijo Sancho—: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado; mas si vuestra merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre del *Ingenioso Hidalgo don*

Quijote de la Mancha; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

—Yo te aseguro, Sancho —dijo don Quijote—, que debe de ser algún sabio encantador el autor de nuestra historia, que a los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir.

—¡Y cómo —dijo Sancho— si era sabio y encantador, pues, según dice el bachiller Sansón Carrasco, que así se llama el que dicho tengo, que el autor de la historia se llama Cide Hamete Berenjena! (II, 2)

Al conocer esta nueva, envía don Quijote a Sancho para que le traiga al bachiller, que aparecerá en el capítulo tercero, titulado «*Del ridiculo razonamiento que pasó entre don Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sansón Carrasco*». Cervantes lo presenta con breves pinceladas, entre las que destaca su socarronería:

Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón; de color macilenta, pero de muy buen entendimiento; tendría hasta veinte y cuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas [...] (II, 3).

En la descripción anterior llaman la atención las oposiciones. La primera, se refiere al aspecto físico, pues, «aunque se llamaba Sansón», era «no muy grande de cuerpo, aunque muy socarrón». Después dirá que era «de color macilenta, pero de muy buen entendimiento». Su edad era de «hasta veinte y cuatro años». También en el aspecto físico repara Cervantes en su fisonomía: carirredondo, chato, con la boca grande, «señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y burlas».

Augustin Redondo (pág. 216) sugiere la idea de que el apellido de don Quijote, Quijada, remite al nombre del bíblico Sansón, quien con una quijada de un burro mató a los filisteos, y se pregunta:

¿No surgiría de esta asociación el personaje de *Sansón Carrasco* quien no tiene más remedio que disfrazarse de caballero andante, transformándose en cierto modo en otro don Quijote, para lograr vencer a éste?

Sansón, el hijo de Bartolomé Carrasco, es paisano de don Quijote. Como el caballero, él también salió de su aldea para volver hecho bachiller; cuando saluda por vez primera a nuestro hidalgo, dice que vestía el hábito de San Pedro, «aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras» (II, 3), es decir, «las llamadas menores, que son los grados de ostiario, lector, exorcista y acólito» (*Quijote*, ed. de Rodríguez Marín, 67, nota). Don Quijote, tras su primera salida, vuelve a la aldea vestido de caballero; Sansón, con su hábito de San Pedro. En la primera parte, el cura y el barbero hacen el escrutinio de los libros de caballerías y de otros asuntos, ficción en la que queman algunas obras y salvan otras. Sansón, en el *Quijote* de 1615, hará la crítica de la primera parte. Él, como don Quijote, también es buen lector, y ha conocido la obra de Cide Hamete. Aparece como «portavoz de Cervantes», informando de lo que pensaba el público de la obra (Maestro, 124). Tras un primer elogio, el bachiller critica la historia, basándose sobre todo en la opinión de los lectores, y saca sus defectos. Entre las alabanzas, en primer lugar, encontramos la «primera bibliografía del *Quijote*» (Riquer, 177), cuando el bachiller afirma que ya andan de la edición de 1605 más de doce mil libros impresos, en Portugal, Barcelona y Valencia. El elogio llega a ser profético cuando asegura: «y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga» (II, 3). Incluso cuando don Quijote dice que el autor de su historia debe ser «algún ignorante hablador», parecido al pintor Orbaneja, que no sabía lo que pintaba, y piensa que su historia «tendrá necesidad de comento para entenderla», Cervantes escribe:

—Eso no —respondió Sansón—, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante». Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*, unos le toman si otros le dejan, éstos le embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto ni un pensamiento menos que católico (II, 3).

En efecto, para sus primeros lectores, la obra fue tan clara que no tuvo necesidad de comentaristas, como la poesía de Góngora, por ejemplo. Pero después, tras la traducción al inglés anotada de Charles Jarvis (1742) y el

comentario erudito del reverendo John Bowle (1781), la erudición y la crítica sobre la obra han sido ingentes (Anaya, 1991, 6).

Tres son los defectos principales que señala Sansón Carrasco: por un lado, los episodios intercalados:

—Una de las tachas que ponen a la tal historia —dijo el bachiller— es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor don Quijote (II, 3).

En segundo lugar, está el robo del asno de Sancho:

[...] y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fue el ladrón que hurtó el rucio a Sancho, que allí no se declara, y sólo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí a poco le vemos a caballo sobre el mismo jumento, sin haber parecido (II, 3).

Por último, se refiere a los cien escudos que se encontraron en Sierra Morena:

También dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, o en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra (II, 3).

Sancho explicará estos descuidos en el capítulo siguiente.

Después de esta conversación, don Quijote intimará con el Bachiller y le invitará a comer y a beber, cosas que hace bien Carrasco, a pesar del estoicismo con que nos lo pintará (II, 7) después el propio caballero:

Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase a hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite, quedose, añadiose al ordinario un par de pichones, tratose en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabose el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho y renovose la plática deseada (II, 3).

Hacer penitencia es una frase figurada que significa «comer parcamente» (*Quijote*, ed. de Rodríguez Marín, 83, nota), significado que también recoge

el *Diccionario de la Real Academia*. De forma parecida se expresa el cura cuando dice al paje que lleva la carta de Sancho a Teresa: «Vuestra merced se vendrá a hacer penitencia conmigo» (II, 50). Después, como en otras ocasiones, introduce Cervantes el habla de los jugadores al decir que el bachiller *tuvo el envite*, que quiere decir que el bachiller aceptó la invitación. La frase aparece también con este significado cuando Sancho dice: «Quiero el envite» (II, 66). Tanto confía don Quijote en el bachiller que le hace participe del propósito de la tercera salida, pero rogándole que lo mantenga en secreto, como hemos visto. Cuando don Quijote le pregunta si «promete el autor segunda parte», Sansón le responde que sí, aunque cita aquello de «Nunca segundas partes fueron buenas», justo cuando ya se está escribiendo la segunda parte. En seguida se oyen los relinchos de Rocinante, los cuales son tenidos por don Quijote «por felicísimo agüero» (Anaya, 2005, 93), por lo que decide hacer su tercera salida. Aquí interviene el bachiller, quien le aconseja que vaya a Zaragoza, para participar en las justas de San Jorge, lo cual acepta don Quijote (II, 4). Incluso le pide que componga unos versos acrósticos con el nombre de Dulcinea del Toboso. De esta manera preparó nuestro caballero la tercera salida, «con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo», e incluso acompañó al caballero y escudero durante media legua (II, 7).

Desaparece Sansón Carrasco y ya no lo volvemos a encontrar hasta que es vencido por don Quijote. Es esta una de las pocas victorias del hidalgo, aunque, en realidad, no fue victoria total, sino «un primer acto» (Rosales, I, 429). Esta escena es sorprendente dentro de la obra. Los lectores conocemos la dualidad realidad/ficción en todas las aventuras, menos en la del Caballero de los Espejos. Cuando don Quijote se enfrenta, por ejemplo, a los gigantes, los lectores y Sancho sabemos que son molinos. En ese retablo de las maravillas que es el *Quijote*, los lectores estamos seguros de que nada hay en el retablo del sabio Tontonelo. Pero hay otro retablo, el de maese Pedro, en el que Cervantes nos sorprenderá al final declarando quién es el *titerero* (II, 27). También en el *retablo* del Caballero de los Espejos los lectores (y el propio Sancho) desconocemos quién es ese caballero al que acompaña también un escudero. Cuando don Quijote le vence, cae la máscara y se descubre la verdad (Torres, 75): el caballero es Sansón Carrasco y su escudero es Tomé Cecial (II 14). Es una gran sorpresa ver al burlón estudiante disfrazado de caballero. ¿Y su promesa? En el capítulo siguiente, Cervantes dice que la rompió, pues se puso de acuerdo con el cura y el barbero para hacer regresar a don Quijote. Lo que pasa es que la empresa no resultó como ellos esperaban. Sansón, el amigo de don Quijote, se convertirá en su enemigo,

como se desprenden de las palabras que dirige a Tomé Cecial, que vuelve a su aldea dejando el oficio de escudero:

—Eso os cumple —respondió Sansón—, porque pensar que yo he de volver a la mía hasta haber molido a palos a don Quijote es pensar en lo escusado; y no me llevará ahora a buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.

En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron a un pueblo donde fue ventura hallar un algebrista, con quien se curó el Sansón desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza, y la historia vuelve a hablar dél a su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote (II, 15)

El Caballero de los Espejos dijo que había combatido contra don Quijote, al que había vencido; este duda y le responde que quizá algún encantador ha «tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra» (II, 14). Cuando don Quijote le vence, al ver que es el bachiller, dice algo parecido:

—También habéis de confesar y creer —añadió don Quijote— que aquel caballero que vencistes no fue ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller Sansón Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera y para que use blandamente de la gloria del vencimiento.

Don Quijote cree que ha visto un doble del bachiller y que ha existido otro doble de sí mismo. Quizá el nombre de Caballero de los Espejos sea un símbolo de esta doble realidad, algo más que los resplandecientes espejos que llevaba sobre su sobrevista o casaca (Riley, 45-46).

Aquí da una vuelta el carácter guasón del bachiller. Vencido y con los huesos descompuestos, tiene que acudir a un algebrista (el que practicaba el «arte de concertar los huesos desencajados y quebrados», Covarrubias, 61), para que se los componga. Desde ahora buscará la victoria más por venganza (palabra que repite dos veces Cervantes) que por otra cosa, aunque después diga a don Antonio Moreno que lo hace por lástima (II, 65), por ayudar al prójimo,

actuando no solo por él mismo, sino por el cura y el barbero (Neuschäfer, 111-112). Las bromas se convierten en veras y el bachiller se transforma en el verdadero enemigo de don Quijote, como Aníbal será el enemigo de Roma.

Sansón Carrasco vuelve a aparecer en los capítulos 64 y 65 de la segunda parte. El primero de ellos se titula así: «*Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido*». La aventura con el Caballero de la Blanca Luna es semejante a la primera, aunque ya el lector adivina quién puede ser ese caballero que encuentra a don Quijote en la playa de Barcelona y le desafía con arrogancia. Vencido don Quijote, no quiere confesar que la dama del Caballero es más hermosa que Dulcinea, antes exclama:

—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra (II, 64).

Pero el Caballero de la Blanca Luna no será tan vengativo como se nos había dicho cuando era el Caballero de los Espejos. A decir verdad, este caballero, el de los Espejos, nunca se propuso acabar con don Quijote, sino con el personaje que se creía don Quijote (es decir, poner el punto final a la historia de la que el hidalgo manchego se creía protagonista), y *molerle a palos* en venganza de su primera derrota. Por eso, ante el derrotado caballero, dice:

—Eso no haré yo, por cierto —dijo el de la Blanca Luna—: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla (II, 64).

Como en el episodio anterior, en el capítulo siguiente se nos aclara quién es el caballero de la Blanca Luna: don Antonio Moreno le sigue y le halla en un mesón, donde el caballero le dice que es Sansón Carrasco y que su propósito ha sido hacer volver a don Quijote a su aldea. De esta manera se pone fin a las aventuras de don Quijote. El bachiller ha acabado con la historia del Caballero de la Triste Figura, y don Antonio Moreno se lo reprocha:

¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo

imagino que toda la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo a un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver a alegrar a la misma melancolía (II, 65).

La victoria de Sansón Carrasco ha llegado a tiempo, porque el ingenioso hidalgo ya es un personaje de libro, pero ridículo. El *Quijote* es la novela de un personaje que se cree protagonista de un libro de caballerías. Por eso Cervantes le hace decir:

—Una de las cosas —dijo a esta sazón don Quijote— que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque, siendo al contrario, ninguna muerte se le igualará (II, 3).

Pero en la segunda parte el *buen nombre* con el que se quería ver impreso va desapareciendo poco a poco. Los duques y otros personajes, como don Antonio Moreno y el visorrey, solo ven en él un pasatiempo ridículo, «el espantajo y el coco / del mundo», como dirá el propio bachiller en el epitafio que escribió a don Quijote (II, 74). Este, poco antes de morir, llamó a sus «buenos amigos», entre los que incluía al bachiller, que parece burlarse del propio don Quijote agonizante:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? ¿Y agora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos (II, 74).

Cuando don Quijote, en su lecho de muerte, empieza a convertirse en Alonso Quijano, Carrasco parece no aceptar ese cambio (Riley, 44). Quizá la ironía del bachiller, el enemigo de don Quijote, el que dio fin a su historia, tenga un punto de arrepentimiento. Sancho, llorando, pide a su señor que no se muera, pues «vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana»; don Quijote le responde totalmente desengañado: «vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros

hogaño». Entre el escudero que apela a los libros de caballerías y el caballero que le responde con un refrán, aparece Carrasco dando la razón al escudero:

—Así es —dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destes casos (II, 74).

Don Quijote murió como un loco en la primera parte. Así lo dicen los epitafios que escribieron los académicos, de nombres burlescos (Monicongo, Paniaguado, Tiquitoc...), cuyos versos, también burlescos, se corresponden con los del inicio de la obra. En la segunda parte, su muerte es distinta (Casalduero, 131). Y aunque se hicieron «nuevos epitafios», solo se copia el que le «puso» Sansón Carrasco. En él aparece la socarronería del bachiller («Tuvo a todo el mundo en poco, / fue el espantajo y el coco / del mundo...»); pero, al final, parece que el *perpetuo trastulo y regocijador de los patios de las escuelas salmantenses* se compadece de don Quijote, cuya muerte serena describe con los dos últimos versos:

que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco (II, 74).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ANAYA FLORES, Jerónimo, *La novela del Quijote*, Ciudad Real, Ayuntamiento, 2001.
—«Pasa, raro inventor, pasa adelante», en *Yo era allí entonces el que soy aquí ahora. Estudios sobre el Quijote*, Ciudad Real, Instituto de Educación Secundaria Santa María de Alarcos, 2005, pp. 77-98.
AVALLE-ARCE, Juan Bautista, «Las voces del narrador», *Ínsula*, 538 (1991), 4-6.
BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, Agustín, *Filosofía del Quijote. Un estudio de antropología axiológica*, México, Espasa-Calpe, 1959.
CASALDUERO, Joaquín, «La persona en el Quijote de 1605 y en el de 1615», en *Estudios de literatura española*, 3.ª ed., Madrid, Gredos, 1973, pp. 128-141.
CASTRO, Américo, *El pensamiento de Cervantes* [1925], Barcelona, Noguer, 1980. Nueva edición ampliada y con notas del autor y de Julio Rodríguez Puértolas.

- CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, T. V, edición y notas de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Espasa-Calpe, 1957.
—*Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes, dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2004, 2 vols. Citamos por esta edición.
—«El coloquio de los perros», en *Obras completas*, ed. de Francisco Sevilla Arroyo, Madrid, Castalia, 1999, pp. 664-684.
—*La Galatea*, ed. de Francisco López Estrada y M.ª Teresa López García-Berdoy, Madrid, Cátedra, 1995.
—*Los trabajos de Persiles y Segismunda*, ed. de Juan Bautista Avallé-Arce, Madrid, Castalia, 1970.
COVARRUBIAS OROZCO, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, [1611], ed. de Felipe C.R. Maldonado revisada por Manuel Camarero, 2.ª ed., Madrid, Castalia, 1995.
LIVIO, Tito, *Ab urbe condita*, Libro XXI, texto latino con traducción literal y literaria por Víctor José Herrero, Madrid, Gredos, 1984.
MAESTRO, Jesús G., «El sistema narrativo del Quijote: la construcción del personaje Cide Hamete Benengeli», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 15.1 (1995), 111-141.
NEUSCHÄFER, Hans-Jörg, *La ética del Quijote. Función de las novelas intercaladas*, Madrid, Gredos, 1999.
REDONDO, Augustin, *Otra manera de leer el Quijote*, 2.ª ed., Madrid, Castalia, 1998.
RILEY, Edward C., «Quién es quién en el Quijote. Una aproximación al problema de la identidad», en *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 31-50.
RIQUER, Martín de, «Aproximación al Quijote», en *Para leer a Cervantes*, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 9-281.
ROSALES, Luis, *Cervantes y la libertad*, Madrid, Cultura Hispánica, 1985, 2 vols.
ROSENBLAT, Ángel, *La lengua del "Quijote"*, Madrid, Gredos, 1978.
SALUSTIO, *Conjuración de Catilina*, texto latino con traducción yuxtalineal, versión literaria y vocabulario histórico por Manuel C. Díaz y Díaz, 3.ª ed., Madrid, Gredos, 1982.
TORRES, Bénédicte, *Cuerpo y gesto en el Quijote de Cervantes*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
VEGA, Lope de, *La Dorotea*, ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1996.